

Franz Hinkelammert  
*Alemania/Costa Rica*

Me gustaría hacer algunos comentarios sobre la relación utopía y proyecto precisamente en esta cultura que llamamos de modernidad, para hacer después algunas reflexiones. ¿Por qué hoy estamos cuestionando esta cultura de modernidad? Esta cultura de modernidad es una cultura amplia, no es una cultura de izquierda sino una cultura de liberalismo, anarquismo, marxismo y fascismo. Y quiero hacer ver que todos estos movimientos tienen un trasfondo utópico y que funda en referencia a esta utopía un proyecto político y este proyecto político siempre está inspirado en este trasfondo utópico del cual se levanta. En cierto grado se puede decir que en estas corrientes de modernidad hay una utopía básica que migra, que emigra del liberalismo al anarquismo, del anarquismo al comunismo, del comunismo al nietzscheanismo y vuelve a aparecer de nuevo en el 68 con la rebelión de los estudiantes. No es la misma en el sentido estático, pero hay como una fuerza motor que está ahí, utópicamente presente y que inspira proyectos políticos. Y yo creo que ésta aparece en el siglo XVIII, es una secularización del mesianismo del siglo XVI-XVII, y aparece como el sueño de la libre espontaneidad; todo vive espontáneamente, mi espontaneidad no tiene que interferir con la espontaneidad del otro, pero yo exijo libre espontaneidad y por lo tanto tengo que transformar la sociedad de manera tal que la libre espontaneidad de cada uno sea posible vivirla. Tiene en el siglo XVIII una fuerte nota hasta de libertinaje; el burgués del siglo XVIII es libertino, él tiene el sueño del vagabundo, él tiene el sueño de poder vivir la vida. Y ahí aparece entonces el proyecto; transformar la sociedad de una manera tal que la libertad plena es vivir y eso se expresa en determinados lemas. Un lema central que vuelve y vuelve en la tradición liberal es: vicios privados, virtudes públicas. Y hoy en las editoriales de los diarios las vamos a volver a encontrar, es la libre espontaneidad hecha posible a través de un proyecto político que es el proyecto del mercado. El proyecto del mercado, libertad natural como dice Adam Smith, libertad natural dirigida por una mano invisible.

Podemos vivir libremente, espontáneamente, una vida vital espontánea, la podemos vivir a condición de que arreglemos nuestras relaciones a través del mercado. El mercado llega a ser el nudo del proyecto liberal, el punto al cual se reduce todo en un cierto sentido, pero se espera como resultado la libertad generalizada. Y eso hace

que el proyecto liberal de antemano es antiestatista. Es antiestatista en el sentido de que hay que abolir el Estado, porque la libertad no es compatible con el Estado, o hay que marginarlo; entonces aparece el Estado guardián. Ahí prima la libre espontaneidad como sueño que inspira un proyecto político y este proyecto político resulta para muchos lo contrario de lo que ha sido la utopía en la cual se inspiró y ahora empieza a migrar. Pasa a otro lado y aparece en la postura anarquista, comunista; mercado no es libertad, la libertad de la libre espontaneidad y ahora es muy radicalizada en el anarquismo, que dice que hay que abolir el mercado junto con el Estado; la institución fundamental del mercado es el Estado. El Estado es necesario porque el mercado se basa en la propiedad privada y la propiedad privada es la expropiación de la mayoría; por lo tanto esta libertad de espontaneidad implica abolición del mercado, abolición del Estado, abolición del matrimonio. De nuevo la línea libertina está siempre presente en esta idea de la libertad básica y aparece ahora esta exigencia del orden espontáneo. Esto es palabra clave del anarquismo, orden espontáneo. El anarquismo tiene la gran deficiencia de no poder formular un proyecto político. El puede destruir (o pretenderlo) al poder, al Estado, la propiedad privada, matrimonio, pero no puede ordenar después la sociedad. El espera la gran armonía que el liberal esperaba por el mercado, él espera que va a surgir de la destrucción del mercado y de la libre espontaneidad. Como no surge, el anarquismo no es capaz de inspirar movimientos políticos de construcción posterior. Y en esta situación migra la libertad anarquista, migra y pasa al movimiento comunista. Marx vuelve a partir de esta gran libertad; en la mañana pescar, en la tarde laborar, en la noche criticar. Y todo esto libremente, pero la libertad no es un orden espontáneo o quizás al final puede serlo, sino que hay que institucionalizarlo. Pero no se puede institucionalizar a través del mercado y ahora empieza la institucionalización a través de la planificación. Marx nunca lo hace expreso, Engels ya lo hace expresamente; planificación como institución que hace posible esta gran libertad, esta gran espontaneidad. De la planificación que ahora aparece, se va a decir: administración de las cosas, libertad de las personas. Es la gran fórmula de Engels para la institucionalización de la libertad. Es falsa porque quien planifica a las cosas, planifica a los hombres, porque los hombres viven en referencia a las cosas. Pero, falso o no, es el sueño de poder realizar la libertad por un proyecto político y de nuevo es antiestatista. Hay que tomar en cuenta, el marxismo nunca es estatista, es planificador y la planificación es el camino para abolir el Estado como para el liberal el mercado. Todas las ideologías de la

modernidad, todas son antiestatistas. Ahí no caben ideologías estatistas. Son proyectos inspirados por una gran utopía de libertad, que es ser libre de todo eso: Estado, dinero, matrimonio. En este ambiente empieza una inversión de este mismo proyecto de libertad. Se trata ahora de un proyecto de antirracionalismo porque todos estos proyectos nacen del racionalismo del siglo XVII: liberalismo, anarquismo, comunismo. Ahora, viene el proyecto del antirracionalismo, de la antitotalidad, viene la reacción a la totalidad racionalista misma, con su respectiva imagen de libertad. De nuevo se institucionaliza pero ya no en una institución racionalmente concebida, sino como voluntad al poder a través de la guerra. Los grandes pensamientos de totalidad y de la ética universal, basada en la razón, son sustituidos ahora por la espontaneidad como guerra, en vez de la espontaneidad como paz. Del liberalismo al comunismo se concibe la espontaneidad como paz, mientras ahora se la concibe como guerra. La libre espontaneidad por lo tanto, es la libertad de la voluntad al poder, es la libertad de la guerra; es una reacción que empieza ya a comienzo del siglo XIX, con el romanticismo. En Alemania, se parte del filósofo Schopenhauer, pero la gran formulación la da Nietzsche al final del siglo XIX. Carl Schmitt la vuelve a retomar en los años veinte, y como sabemos, va a desembocar en el nazismo alemán. También aquí es modernidad, pero *in extremis* como dice Galtung, es modernidad extrema, es modernidad antimoderna, modernidad antipaz, modernidad antirracional, modernidad *in extremis*. Ya no busca institucionalizar la libertad, sea mercado o guerra, en el conflicto, la relación amigo-enemigo; y de nuevo es antiestatista. El Estado es vinculado con instituciones organizadas. Es antiestatista, y lanza en contra del Estado la identidad del *führer* y su pueblo en contra de otros pueblos. No tiene ningún universalismo. El problema de estas concepciones de la relación utopía-proyecto político en sus varios ambientes es que siempre, por su radicalismo utópico, desemboca en la visión de las famosas soluciones finales, soluciones de "una vez por todas" y eso ocurre en todas las ideologías de la modernidad. La utopía es algo que se concibe como realizable de una vez por todas. Por tanto aparecen ahora "las últimas guerras para que nunca más haya guerra". Todas las guerras liberales son presentadas como últimas guerras.

De estas soluciones finales nace lo más terrorífico de todas las que se ha producido, la *Endlösung*. Surge en contra del pensamiento de totalidad, del racionalismo, de la ética universalista, cuya raíz se ve en la tradición judío-cristiana. Al buscar la raíz de esta tradición, se la busca en el judío, y se inventa como solución final, la matanza

de todos los judíos. Entonces sigue habiendo guerras, pero guerras limpias que ya no pretenden ser últimas guerras para que haya paz. Así se promete superar la destructividad de la modernidad. Igual se empieza ahora a hablar de las últimas despotías, se anuncian Estados despóticos para que nunca más haya Estado despótico. Es famosa la frase de Stalin de los años treinta: "tenemos que reforzar el Estado para poder abolirlo", pero es menos conocida la frase de Hayek, quien fue celebrado en Santiago de Chile hace 6 años y que dice sobre el Estado chileno: "tiene que tener poderes absolutos que deberían usar para evitar y limitar todo poder absoluto en el futuro". Reagan sale a la palestra y dice: "no tenemos problemas con el Estado, el Estado *es* el problema". La radicalidad de la formulación es la de la última batalla. Se trata de la última, para que nunca más haya Estado. De esta manera se nos viene encima de nuevo esta modernidad en el momento en el cual estamos hablando de posmodernidad, ¿pero dónde está la posmodernidad? Últimos poderes absolutos para que nunca más haya poderes absolutos, eso es la utopía de la modernidad. Vuelve el jacobinismo de Saint Just: "ninguna libertad para los enemigos de la libertad". Este lema de la revolución francesa, aparece de repente en la ideología de la seguridad nacional, vía Popper: "ninguna tolerancia para los enemigos de la tolerancia". El jacobinismo vuelve por autores que pretenden ser anti-jacobinos, pero transmiten precisamente esta enorme carga de destrucción que está vinculada con este tipo de pensamiento. Vuelve igualmente el pensamiento de redención a través del mercado. Lo que había surgido en el siglo XVIII: "vicios privados, virtudes públicas", vuelve ahora en términos de un planteo absoluto del mercado.

Y ahora hay que ver que esas batallas finales se vinculan precisamente con los totalitarismos del siglo XX. Yo creo que no podemos entender los totalitarismos del siglo XX sin entender esta cuestión de las batallas finales, porque todo totalitarismo se interpreta como batalla final. De la batalla final en función de una institucionalización determinada de estas utopías inspiradoras, se produce el terrorismo del Estado. Por eso los Estados totalitarios que se forman en el siglo XX son todos Estados antiestatistas; el problema de Stalin no es el estatismo sino el antiestatismo. El problema del nazismo no es el estatismo sino el antiestatismo. La seguridad nacional es antiestatista, no es estatista. Es la virulencia del Estado que es usado para lograr la abolición o marginación del Estado; eso es totalitarismo, y aparece en varias formas: sus formas stalinistas, sus formas nazistas, su forma neoliberal. Terrorismo del Estado es totalitarismo en estado puro. Siempre hay una utopía detrás. Estamos acos-

tumbrados a preguntar por la utopía de Stalin o los nazis. Tenemos que preguntar hoy por la utopía de la seguridad nacional. ¿Qué utopía tiene Pinochet? El tiene una utopía, y los Chicago-boys la están propiciando y es antiestatista; y con el nombre del antiestatismo él radicaliza el poder del Estado sin ningún límite, y eso se ha hecho en Argentina, eso se ha hecho en Uruguay, y eso se hace en Centroamérica. En cuanto al stalinismo, todos lo saben, en cuanto al nazismo algunos lo saben y en cuanto a la seguridad nacional nadie, casi nadie lo sabe. Pero nuestra reflexión tiene que ser de nuestra realidad. ¿Cuál es la utopía que inspira el terrorismo del Estado que hemos sufrido nosotros? Yo creo que hoy tenemos que pensar el totalitarismo en este sentido, muy distinto de la tradición de pensar el totalitarismo a partir de Friedrich y Brzezinski. Pero este concepto que usamos de Hannah Arendt, y por eso yo abogo por recuperar la teoría del totalitarismo de Hannah Arendt. Yo creo que es la más humanista de todos los pensadores sobre el totalitarismo que tenemos. Este antiestatismo común permite una gran movilidad ideológica, porque el antiestatismo común atestigua que hay un concepto de libertad que de alguna manera es común, concepto de libertad como libre espontaneidad. Eso explica quizás por qué, cuando aparece el antiestatismo neoliberal, con su secuencia de Estados totalitarios a partir de los años setenta, hay una migración de los ultramaoístas, que lucharon para abolir el Estado durante los años sesenta, hacia el neoliberalismo. Y se sentían igual en su casa, porque se trataba de abolir el Estado. De repente piensan, que eso fue una gran ilusión, abolir el Estado a través del socialismo; ahora tenemos la solución realista, y siguen aboliendo el Estado ahora con el neoliberalismo, y pueden seguir en lo mismo. Porque tienen la misma modernidad encerrada. De todas maneras, se sigue teniendo la abolición del Estado y se tiene el sueño de la última batalla. Bueno, es a partir de ahí que me gustaría enfocar el problema de la posmodernidad. Si uno hace el recuento de esta relación utopía-proyecto es bien obvio que acá hay un problema fundamental de la modernidad, si se quiere, de la sociedad occidental. La sociedad occidental llega a un *impasse*, llega a un callejón sin salida. Ni por el socialismo, ni por el capitalismo ni por el fascismo, por ningún lado parece que podamos salir. Siempre las últimas batallas, y la última batalla en contra del otro. Ahora, la palabra posmodernidad revela que la cuestión no está solucionada; nadie llama a su proyecto *post* algo; cuando aparece la burguesía no anuncia *post* feudalismo, anuncia "sociedad burguesa" y cuando aparece la Revolución de Octubre no anuncia *post*burguesía, anuncia socialismo. Posmodernidad es "no sabemos todavía",

por eso hablamos de esta manera, pero el problema ya viene ahora. Yo creo hay una interpretación fatal de la posmodernidad y, por eso yo insisto mucho en el movimiento antitotalidad que se deriva de la romántica, después de Nietzsche es parte de la modernidad. La interpretación de la posmodernidad puede ser fatal si toma esta tradición como posmodernidad; la antitotalidad del movimiento nietzscheano es la vuelta a la modernidad en su forma más extrema y algo de eso está ocurriendo. Muchos de los que hablan de la posmodernidad están soñando en esta línea. Se trata de la modernidad en su estado de perversión, de inversión, ahí tenemos posmodernidad como antitotalidad negativa de la ética universal racionalista. En esta interpretación de la posmodernidad fácilmente se olvida, que también el pensamiento liberal es un pensamiento de totalidad, no es un poco el pensamiento de totalidad, el pensamiento liberal; el pensamiento liberal gira alrededor del concepto del equilibrio de la sociedad, de la armonía preestablecida, del equilibrio general de los factores en la forma neoclásica, de la competencia perfecta; gira alrededor de eso, como el pensamiento marxista, socialista, como aparece en la Unión Soviética, gira alrededor de la planificación, del equilibrio general. En el grado en que se olvida esto, que el propio pensamiento liberal está amarrado al concepto de totalidad social, aparece la antitotalidad, la reivindicación de la libertad frente al socialismo. Entonces totalidad, afirmación de totalidad, se identifica con socialismo y tenemos de nuevo, una última batalla, la última batalla para erradicar toda referencia a la totalidad y ahí estamos: solución final, así surgió. Yo creo que puede ser fatal buscar la superación de la modernidad en Nietzsche y Carl Schmitt. Yo hablo de posmodernidad y eso significa que no sé muy bien adónde vamos, pero quiero pronunciar algunas palabras sobre esta crítica fundamental que hay que hacer a la modernidad y a la sociedad occidental, y sus callejones sin salida, y los quiero así nomás anunciar. Yo creo que cualquier superación de la modernidad tiene que ubicarse en el interior del racionalismo, no fuera de él. Estamos en una tradición racionalista, no tenemos escape de ella, tenemos que reformular el racionalismo, esto es lo que yo creo.

Y lo segundo, la inspiración libertaria de nuestros conceptos de vida, a mi entender sigue siendo y va a seguir siendo el concepto de la libre espontaneidad, es la referencia utópica inseparable de nuestra relación con la realidad. La tenemos que ubicar de una manera distinta, la tenemos que ubicar de una manera que no vayamos a estos procesos de batallas finales, de proyectos de progresos infinitos, de no transformarlo en redencionismo. Pero ésa es nuestra fuente

de libertad. Además yo creo que humanamente no se puede pensar una libertad más allá de eso, por lo menos para nosotros.

Tercero, esta utopía tenemos que interpretarla como lo que dice la palabra: no la hay en ninguna parte, es decir, la utopía es imposible pero el ser imposible no le quita el sentido. Eso también es una parte del pensamiento de modernidad: "lo que es imposible no tiene sentido, todo lo que tiene sentido es posible". "Lo que es necesario es bueno, lo bueno es necesario". Eso no es cierto, la utopía es necesaria, es una referencia, pero no es posible. Y la imposibilidad de la utopía es parte de un comportamiento racional frente a ella. Y como la utopía es imposible es también imposible abolir el Estado, abolir el mercado, abolir la razón dialógica y la referencia a la totalidad.

Cuarto, la crítica del progreso infinito. No hay progreso infinito acumulativo, no puede haber; cualquier progreso infinito acumulativo desemboca en el concepto de las batallas finales, de la realización final de la utopía.

Y quinto, se desprende directamente de lo anteriormente dicho, renunciar al antiestatismo; antiestatismo es utopismo en marcha, antiestatismo es etapa en el camino al totalitarismo. Los totalitarismos aparecen de ideologías sumamente seductoras; parece tan seductor ser antiestatista, pero eso es la fuente de lo contrario. Tenemos que renunciar al antiestatismo, reubicar nuestro análisis de la relación Estado-sociedad civil en un sentido que sea realista. Si yo quiero desarrollar la sociedad civil, tengo que desarrollar paralelamente el Estado. Si no lo hago, la sociedad civil tampoco se desarrolla. La legitimación del Estado por otro lado presupone un desarrollo adecuado de la sociedad civil. La relación Estado-sociedad civil tiene que ser pensada en términos de equilibrio, un equilibrio que puede ser conflictivo pero no un equilibrio excluyente. Eso mismo diría en cuanto a la relación mercado-planificación. Es muy importante para toda la izquierda, pensar la relación mercado-planificación de nuevo, tenemos que captarla como relación de complementariedad, no relación de exclusión. No mercado o planificación, sino relación complementaria entre ambos, en la cual la situación empírica concreta decide sobre qué tipo de planificación, qué grado de planificación, qué tipo de mercado, qué grado de mercado hace falta.

Tengo un problema con el redencionismo y con el milenarismo. El marxismo no es milenarista, por ejemplo, y cuando hablamos en nuestros ambientes de milenarismo toda la gente hace la conexión con el marxismo, socialismo, etc. Tenemos dos grandes movimientos milenaristas en este siglo, el movimiento nazi, que se llama "el milenio". A nadie se le ocurre cuando hablamos del milenarismo del

siglo XX, que había un milenarismo nazi, y que es el único grande de la primera mitad de este siglo.

Después hay otro, que está hoy en el poder político en EEUU; ahí se habla de milenarismo, se promete el milenio, hasta se tiene un medio para llegar al milenio que es la guerra atómica; se está distribuyendo entre millones y millones de ejemplares. Este es un segundo milenarismo que se anuncia, tan peligroso como el primero. Ahí hay redencionismo, además absoluto, con dimensión religiosa, mística, con todo. Yo creo que si hablamos de redencionismo del marxismo, del mesianismo o milenarismo, hay que establecer que se trata simplemente de una analogía. Tenemos aquí un tabú. Tenemos dos grandes milenarismos en este siglo y por qué no se habla de ellos cuando se habla del milenarismo en la actualidad. Por qué se ha hecho un manejo de conceptos que nos hace reaccionar por reflejo condicionado cuando se habla de milenarismo, Stalin, Unión Soviética, mientras que el milenarismo está aquí.

Creo que demasiado unilateralmente nos referimos siempre a la izquierda cuando se trata en realidad de un problema de la modernidad misma, de la civilización occidental, el utopismo es un problema de la civilización occidental, no es un problema marxista; el marxismo es parte de la civilización occidental y como tal tiene los problemas de la civilización occidental. Sobre todo si hablamos de posmodernidad tomémoslo en este sentido. Lanzamos todos los problemas de la modernidad sobre los pobres marxistas, que además ya casi no viven; ese pobrecito tiene que aguantar todo, mientras se trata de un problema de la civilización occidental que estamos discutiendo.

Pienso que tenemos que sacar la discusión de este cajón para hacerla abierta; hacer una discusión sobre nuestra civilización y ahí insertar la discusión del marxismo. Algo parecido ocurrió con las ideologías totalizantes. Yo creo que jamás deberíamos entonces, entender por ideologías totalizantes todos los pensamientos que se refieren a la totalidad social; si hacemos eso, creo que se acabó el mismo pensamiento social. El pensamiento social es un pensamiento en referencia a la totalidad. No me imagino otro pensamiento; cuando hago economía, la economía mundial es una totalidad, no es otra cosa, yo no puedo tratarla como si no fuera. Si obligo a la gente a no discutir a la economía mundial como totalidad los obligo hacer puras ilusiones. Igual cosa ocurre con la ecología. ¿Cómo se constituye la ecología? Por la consideración de la tierra como totalidad. Si no considero la tierra como totalidad, no hay ecología, es decir, yo me doy cuenta, totalidad es algo empírico, no es una imaginación filosó-

fica; la imaginación filosófica parte del hecho de que la realidad se construye al descubrirla como totalidad. Pero la ecología presupone que el mundo es un sistema cerrado; si no fuera un sistema cerrado, no tendríamos problemas ecológicos. Por tanto, no podemos denunciar las teorías de totalidad como ideologías totalizantes. Por otro lado, tenemos dos grandes superpotencias enfrentadas, con bombas atómicas. Cómo puedo entenderlas, a no ser que las capte como una totalidad dentro de la cual las dos actúan. En este caso sí las puedo entender.

No veo eso como ideología totalizante, sino un instrumento para captar su relación; si no se toma en cuenta que en conjunto forman una totalidad, ¿cómo voy a entender sus reacciones? La totalidad es una referencia empírica y de ahí viene también, yo creo, que la negativa de la totalidad es una manera de totalizar; no salimos de la totalidad sino que a través de la negación totalizamos ahora los fenómenos. Por eso hay varios totalitarismos. Hay totalitarismos en nombre de la totalidad, hay totalitarismos en nombre de la negación de la totalidad y la totalización por esta negación, y eso de nuevo nos lleva a estos milenarismos de nuestro siglo. Los milenarismos de este siglo totalizan por la negación de estas totalidades. Yo no creo que podamos hacer esa renuncia a las totalidades, si por ideologías totalizantes entiendo la transformación de estas totalidades de manera utopista, como si yo tuviera el acceso a la totalidad de una manera transparente; si esta ilusión utopista que lleva a la última batalla; ahí sí, pero yo creo que necesitamos descubrir que las totalidades son fenómenos empíricos. Eso me lleva a una tesis muy general, sistemas abiertos en el ámbito social siempre son subsistemas cerrados. Los sistemas sociales son cerrados, nunca son abiertos; la economía mundial es un sistema cerrado, la economía nacional es un sistema abierto pero el conjunto de los sistemas abiertos, que son el conjunto de las economías nacionales, es un sistema cerrado. Cada tecnología es un sistema abierto, pero el conjunto es un sistema cerrado, por tanto, si no tomamos en cuenta que el conjunto de la tierra es un sistema de totalidad cerrado nos destruimos a nosotros mismos. Ahí se acaba todo, se trata de una presión de vida o muerte.

Hay que recuperar la totalidad empírica, pero sí con cuidado: totalidad no debe ser utopístamente transformada en acceso a la transparencia de la totalidad. Pero negar la transparencia, la posible transparencia de la totalidad, no es negación de la totalidad.